

La literatura de montaña es tan vieja como el Renacimiento. En 1336, el filósofo italiano Petrarca escribió *Subida al monte Ventoso*, que abordó el significado de la montaña en la vida de los hombres. Con tono litúrgico y filosófico, Petrarca recuerda su atribulado ascenso —impulsado solo por el deseo de ver un lugar célebre por su altura—, que lo llevó, paradójicamente, a la conclusión de que la montaña no era más que un escape para evitar el encuentro consigo mismo. Un acto vanidoso, inútil para la elevación del alma.

Desde entonces mucho ha cambiado. Lo que alejó a Petrarca de las montañas llevó a otros a escalarlas y a escribirlas. Desde el dramático relato de Maurice Herzog, dictado desde la cama de un hospital tras escalar por primera vez un ochomil —el Annapurna—, hasta el del novelista Manuel Rojas, *Apie por Chile*, donde da cuenta de sus ascensos por cerros que ningún montañista profesional osaría incluir en su lista de cumbres. Durante buena parte del siglo XX, la escritura fue la manera más exhaustiva de llevar la montaña a la gente. Vale preguntarse por qué.

El presidente del Club Alemán Andino (DAV), Álvaro Vivanco, aventura una respuesta: “El montañismo es un deporte rarísimo. No hay reglas, no hay campeonatos, no hay puntajes y no hay público. Los testigos de lo que ahí ocurre son los que están ahí. Si yo quiero saber lo que tal persona hizo en el Himalaya, esa persona me lo tiene que contar”.

El DAV tiene probablemente la mejor biblioteca de montaña del país. De sus 700 títulos, solo 100 son de producción local, contando a extranjeros que han escrito sobre Chile, y no solo de montañismo, sino también de ciencia y otros temas. Vivanco ha liderado esfuerzos por rescatar la palabra escrita, publicando en la Revista Andina en papel, y traduciendo y digitalizando artículos que sube periódicamente a la web del club. Sin embargo, cuando trata de recordar sus favoritos montañeros chilenos, con suerte menciona dos o tres títulos. “En Chile hay una desproporción entre actividad de montaña y literatura, y todo más bien centrado en el Himalaya. Hay demasiado poco para la cantidad de montañas que tenemos. Además, no es ningún negocio”, explica.

Vivanco vivió en Austria y recuerda una librería especializada que tenía “más libros de montaña que en todo Chile”. Reflexiona: “Si alguien como Andrés Zegers fuese austríaco, no podría no tener un libro, lo habrían sentado y le habrían dicho habla, aquí está tu *ghostwriter*”.

Conclusión: Chile, país de montañas... sin literatura de montaña.

Ese diagnóstico llevó a César Disi, 35 años, dentista y escalador, a plantearse una idea a lo menos delirante: crear una editorial chilena de libros de montaña. El adjetivo se justifica: César no tenía idea de cómo funciona la industria editorial y estaba consciente de que apenas existían libros para armar un catálogo. Le ocurre lo mismo que a Vivanco: con suerte nombra cinco títulos de autores chilenos; y los que menciona son justo los que va a publicar su Editorial Chilena de Montaña, cuyo primer lanzamiento será nada menos que una reedición del libro sobre la expedición chilena al Everest del año 1992, de Rodrigo Jordán. Un libro que, aunque cueste creerlo, jamás estuvo en librerías.

Disi tiene razones familiares para per-



CREADOR. Disi promueve literatura de montaña chilena, porque hoy casi todo es de origen extranjero.



El escalador César Disi acaba de lanzar su Editorial Chilena de Montaña, que publicará obras de reconocidos andinistas nacionales, para seducir a lectores sin particular cercanía con la cordillera. Algo insólito en un país con la geografía del nuestro. POR Matías Rivas Aylwin.

severar en su proyecto: “Tengo un hermano que nunca ha entendido por qué gasto mi fin de semana en ir al Cajón del Maipo a escalar, pasar frío. Es difícil transmitir una pasión, un estilo de vida, y en los libros la gente lo relata muy bien, así que es una manera de hacer que otros entiendan por qué nos gusta ir a una cumbre”.

Para lograr eso, dice, el libro tenía que salir de los clubes y tiendas de montaña. “Queremos estar en espacios donde la gente que no tiene relación con la montaña puede transitar, como las librerías”.

De las guías al sueño editorial

Disi llega tarde a un restaurante a pasos del metro Tobalaba. Se atrasó con un paciente y no tuvo ni tiempo de quitarse la bata. Se nota que los días le quedan cortos; que ser dentista, padre de un recién nacido y dueño de una editorial lo condenan a fallar socialmente de vez en cuando.

De apariencia enjuta y firme, cuadra con el perfil físico del escalador. Empezó a los 19 años en un club que funcionaba en el Estadio Nacional, al que iba tres veces a la semana. Si subía un cerro, le gustaba que tuviera algo técnico, es decir, que fuera necesario trepar y asegurar la progresión con empotradores y cuerdas. “La escalada es como yo planifico mi vida, pero no vivo de la escalada”, dice.

Pareciera que, de todos sus viajes, el que lo marcó fue Huaraz, la capital de montaña de Perú, en 2014. “Ahí había buenas guías, libros excelentes, y pensé que en Chile teníamos sectores incluso más grandes y con mayor variedad, pero no teníamos ese tipo de material”.

La experiencia cristalizó en una guía de escalada que hizo en formato físico, algo que solo existía de manera digital en Chile. Como hombre metódico, siguió una serie de pasos: compró una buena cámara, tomó un curso de fotografía y comenzó a armar su material, que presentó a una editorial. No prosperó. “Ahí me enteré de que el autor recibe un 10%, que me pareció poco, y que la distribución sería solo en librerías, y yo quería estar también en las tiendas de montaña, porque sabía que la difusión de este tipo de libro más técnico estaba ahí”.

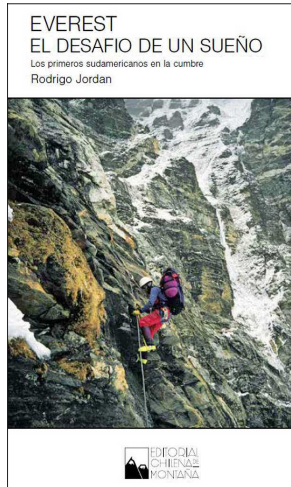
Ahí pudo haber terminado todo, pero la idea de “tener algo escrito” siguió dando

vueltas, aunque mutó. Se dio cuenta de que, en vez de crear material de cero, que sería lento y demandante, podía aprovechar el trabajo de otros: llevaría libros digitales (algunos ni siquiera estaban a la venta) al formato físico y, por añadidura, a las librerías, con el objetivo de difundir el patrimonio de montaña de la mano de autores chilenos. No es que hubiera muchos, pero tenía algunos en mente: Rodrigo Jordán, Dagoberto Delgado, Gastón Oyarzún y Rodrigo Fica. Se asesoró con el padre de un amigo, fundador de MAGO Editores, separó plata de su sueldo para financiar un equipo con una periodista y un diseñador, leyó cuanto *paper* y libro sobre la industria editorial encontró, y salió a buscar financiamiento entre las empresas *outdoor*. Fracaso en lo último, pero siguió adelante. Ahora está a dos meses de lanzar su primer libro: *Everest, el desafío de un sueño*, de Rodrigo Jordán, originalmente escrito en 1992, mismo año en que se coronó la montaña más alta del mundo casi de manera simultánea por dos equipos chilenos.

Aunque breve, relata el ascenso de manera pormenorizada e incluye detalles que no aparecieron en la prensa ni en documentales. Fue, sin embargo, rechazado por las editoriales, lo que llevó a Jordán a vender su trabajo a las empresas que lo auspiciaron, quienes regalaron las seis mil copias a sus clientes. “Lo que pasa es que la historia se construyó alrededor de la estu-



AVENTURA. Sus libros abordarán lugares recónditos, como el mítico cerro Torre, escalado por Dagoberto Delgado.



ESTRENO. El libro sobre el Everest de Rodrigo Jordán será lanzado el 30 de agosto en el Espacio Literario de Nuñoa.

pidez con Mauricio Purto en la cumbre, y yo no quise entrar en eso en el libro. Además, lo escribí pensando en los montañistas, es un libro más técnico”, dice Jordán.

Títulos desconocidos

César Disi abre su mochila y saca una edición de bolsillo con un título extraño: *Borrador muy preliminar*. Son las memorias del avezado Dagoberto Delgado, miembro de la expedición chilena al Everest de 1992. La escritura del libro, que quería mostrar “la verdadera realidad del andinismo chileno”, se vio interrumpido por la muerte de su autor en el Mont Blanc, Francia, en 1997. El que trae Disi es su primera versión impresa: hasta ahora solo ha estado disponible digitalmente en AndesHandbook.

César muestra algunas páginas y se ven las anotaciones de Delgado, que aportaba correcciones y ampliaciones. Se lee: “Nuestras montañas aún no están saturadas, no queremos que vengan otros a conquistarlas”. Más adelante, una frase que da cuenta de su humor: “Nadie es capaz de entender la diferencia entre arriesgar la

vida en una gran pared o montaña y un partido de tenis terminado en empate”.

Dagoberto no tenía grandes pretensiones y dijo sentirse honrado si, ante la falta de anafre, usaban su libro para prender una fogata. Pero para cualquiera que busque conocer más sobre las montañas de Chile, es un relato emocionante, que retrata la vida al límite de uno de los mejores escaladores de los años 90.

Disi desenterró este trabajo gracias a Rodrigo Jordán, que rescató y compiló las memorias de su amigo. “Para formalizar la publicación, conseguí el contacto de su viuda, que estaba emocionada de que unos cabros chicos estuvieran leyendo y rescatando cosas de su exmarido”, explica Disi.

La edición es una propuesta que dista de lo que hace, por ejemplo, Desnivel, reconocida editorial española de montaña que, sin embargo, no se caracteriza por la belleza de sus publicaciones. “Es un libro de bolsillo, transportable, que se puede leer en el metro o en la montaña. Tiene tapa blanda, papel interior ahuesado, amarillo, con una sección de papel couche con fotos a color de las expediciones”, explica Disi.

Para él es clave que los lectores distingan de inmediato a la editorial. “La idea es que, al tomarlo, reconozcas que es nuestro porque tienes el encuadre de una foto de montaña en la portada. No quería que mis libros tuvieran la estética de Desnivel. Me gusta lo que hace Anagrama, Chai Editores, Paulsen, que tú ves un libro y sabes que es de ellos”.

Del pesimismo al catálogo

Según Álvaro Vivanco —y los números lo respaldan—, el autor de montaña más prolífico de Chile es Rodrigo Fica, 57 años, que escribió, entre otros, *La esclavitud del miedo* y *No me olviden*. Disi tuvo que convencerlo para publicar su único libro no impreso, *Crónicas del Anticristo*, donde toca temas tan diversos como el acceso a la montaña, ascensos destacados y reflexiones en torno a la basura y la educación al aire libre; todo con un estilo punzante y salpicado de humor negro.

La reticencia de Fica se explica por su única experiencia en el circuito tradicional del libro, con su primera publicación *Bajo la marca de la ira*, que salió bajo el sello Universitario. “Ahí me di cuenta de que no vale la pena. Los montos que uno gana no dan ni para comprarse un completo”, dice. Por eso, luego publicó a través de una editorial independiente, sin pasar por librerías, lo que significó mayor porcentaje de las ventas para su bolsillo. “La apuesta fue enfocarse en llegar a la gente que más interés podía tener, apoyándome al máximo en las redes sociales”. *La esclavitud del miedo* agotó sus 700 ejemplares.

Finalmente, Fica cedió y comenzó a seleccionar sus mejores columnas, que saldrán a fin de año bajo el sello de Disi.

Aunque su visión sobre el futuro de la literatura de montaña sigue siendo lapidaria (“En Chile la gente nunca leyó, no ha leído y no va a leer nunca”), reconoce en Disi el valor de ir contra la corriente para aportar a la cultura de montaña, la cual, según él, se ha ido empobreciendo con los años: “En la década del 40 se publicaba más que ahora en términos de expresión escrita: boletines, revistas, anuarios, folletos. Es insólito”. Álvaro Vivanco, que está investigando para escribir la historia de su club, comparte la opinión: “Tengo más información de cosas que se hicieron hace 80 años que de las que pasaron hace 15, a pesar de las facilidades que tenemos hoy”.

La tarea recién comienza. Según Vivanco, montañistas como Pablo Besser, Andrés Zegers, Gino Casassa y Alejandro Izquierdo aún están a tiempo de escribir, por ejemplo, sus memorias. Y más ahora, que cuentan con una casa editorial expectante por recibir nuevos libros. ■